

UN FINAL SIN ESTALLIDO

Miquel Barceló

El problema de la existencia de otras especies inteligentes en el universo ha requerido la atención de la ciencia con programas de investigación como el Proyecto OZMA en los años sesenta, o el más reciente Proyecto SETI (*Search for ExtraTerrestrial Intelligence*). Como es sabido, existe una ecuación para estimar el número de posibles civilizaciones tecnológicas en la galaxia. La elaboró Frank Drake cuando estaba en el Observatorio de Radioastronomía de Arecibo, y la hizo mundialmente famosa Carl Sagan a través de su programa televisivo de divulgación científica *Cosmos*.

Tras evaluar los diversos parámetros de la ecuación de Drake, la conclusión optimista de Sagan era que el número de civilizaciones tecnológicas de nuestra galaxia se puede contar por millones. Isaac Asimov, más prudente, evaluaba ese número en "sólo" 530.000. Son muchísimas, y el hecho de la falta de contacto con esas civilizaciones constituye la llamada "paradoja de Fermi". Suele explicarse ésta por la combinación de las grandes distancias interestelares con el límite que marca la velocidad de la luz. Pero hay también otra explicación posible, más pesimista, centrada en la negra hipótesis de que tal vez ninguna civilización tecnológica llegue a sobrevivir como tal durante los años suficientes para darse a conocer a otras civilizaciones vecinas.

Una de las causas de tal dificultad o imposibilidad de supervivencia de una civilización tecnológica se ha achacado siempre a una eventual autodestrucción militar. Pero, como suele decirse, no es necesario que un planeta dotado tecnológicamente como el nuestro acabe con un estallido. Parece que, desgraciadamente, puede haber otras formas más insidiosas de suicidio tecnológico.

El problema, como ya hemos detectado en la Tierra en los últimos 30 años, podría estar en el agotamiento de unos recursos limitados siempre esquilados por la absurda hipótesis del crecimiento continuo de la economía. Aunque es evidente que en un sistema finito no se puede crecer indefinidamente, parece que ése sigue siendo el ingenuo objetivo de muchos políticos. La consecuencia sería el consumo excesivo de recursos, que suele ir paralelo a una exagerada generación de residuos que, al final, pueden llegar a resultar no absorbibles por el sistema.

Esa triste hipótesis, generalizada a otras posibles civilizaciones galácticas, nos vendría a sugerir, respondiendo así de la forma más pesimista posible a la "paradoja de Fermi", que una civilización tecnológica como la nuestra pudiera acabar poniendo en serio peligro el eco-sistema que la ha visto nacer y, finalmente, falta de soporte natural, se auto-destruyera a sí misma. No en el temido estallido o conflagración militar, sino, simplemente, por haber olvidado las exigencias medio ambientales y el mesurado ritmo de consumo de recursos y de eliminación de residuos que son compatibles con el respeto al entorno natural donde dicha civilización tecnológica ha nacido.

Se trata, en realidad, del viejo problema del crecimiento incontrolado en un mundo finito del que nos alertó, hace ya casi cuarenta años, el economista Kenneth E. Boulding. En el tercer capítulo de su obra *"The Impact of the Social Sciences"* (1966), Boulding iniciaba un planteamiento sistémico y globalizador de la economía y las relaciones internacionales. Boulding introdujo entonces, por primera vez en la ciencia económica, una comparación analógica de la economía del planeta con la economía cerrada de una nave espacial. Más que dilapidar despreocupadamente unos recursos que, en el fondo, son limitados y olvidar el problema de los excesivos residuos generados, Boulding hablaba de la necesidad de comportarse como hace el

tripulante de una nave espacial que sabe, por ejemplo, que es necesario almacenar y reciclar más tarde incluso el resultado de sus misiones si desea seguir teniendo agua en el futuro.

Sólo media docena de años después del intento clarificador de Boulding, en 1972, el Club de Roma publicaba el informe Meadows sobre "*Los límites del crecimiento*" y, quince años más tarde, en 1987, la comisión de las Naciones Unidas que presidía la primer ministro de Noruega Gro Brundtland abandonaba la idea del "crecimiento" como valor en sí mismo para establecer el concepto de "*desarrollo sostenible*" en un informe con el significativo título "*Nuestro futuro común*".

En un mundo con recursos finitos es imposible crecer indefinidamente, y por ello la sostenibilidad gana adeptos día tras día. Es bueno que sea así. Sin esa nueva ideología de la sostenibilidad, es siempre posible que nuestra orgullosa civilización tecnológica finalice pronto. Aunque no lo haga con un estallido...